

resultar grande edificacion en el pueblo de Colorno. Á esto no tuvo qué responder, y admitió el agasajo. Llamó luégo á su habitacion al mencionado P. Domingo Venturi, que había sido muchos años maestro de ceremonias del obispo de Reggio, y le pidió que le diese una leccion sobre lo que tenía que hacer. Esparcióse entretanto por Colorno la noticia de que iba á officiar el P. Pignatelli; y anhelando las gentes por ver en tal actitud, como decían, á un santo, corrieron de todos los ángulos de la poblacion á la iglesia y á las calles por donde la procesion había de pasar.

Al salir del templo el Padre, con un rostro angelical y con el corazon y los ojos fijos en la hostia sacrosanta, fue tal la admiracion producida en el pueblo, que nadie sabía mirar otra cosa sino á él; y muchos, no satisfechos con haberle visto una vez, corrían por atajos, y pasaban de un extremo á otro de las calles en grupos para verle más y mejor, y saciar su devocion. El fervoroso Padre ahondó tanto en la contemplacion del augusto misterio, que no fue señor de contener su llanto, y diole rienda suelta á poco de empezada la procesion, sin poderlo atajar por más que hizo en toda ella, Dios sabe con qué confusion de su profunda humildad. Así fue, que apenas se despojó en la sacristía, intentó y obtuvo escurrirse por entre la turba, y á buen paso se retiró á casa todo corrido.

Fueron sus novicios luégo á darle la enhorabuena; pero él, avergonzado por aquella precision, en que le habían puesto, de llamar la atencion contra su voluntad, «Dios se lo perdone,» les dijo, «al P. Provincial de los dominicos, que casi me ha forzado á escandalizar á este pueblo haciéndome hacer cosas que no son para gente como yo.» Fue por tanto forzoso dejarle en paz y no hablarle más de lo ocurrido para no afligirle, siendo así que era mucha verdad lo que corría de boca en boca, que espectáculo más tierno y edificativo no se había presenciado en Colorno en mucho tiempo.

La devocion al Señor sacramentado era una de las más favoritas del Siervo de Dios. Cuando se encontraba por la calle

con el viático, se unía al pueblo, y le acompañaba con tal compostura y reverencia, que movía á devocion y lágrimas á cuantos le observaban. No podía llevar en paciencia el escaso aprecio que muchos fieles hacen de Jesús sacramentado; y lanzaba chispas de fuego, cuando se ofrecía hablar de las irreverencias, profanaciones y sacrilegios con que muchos le ultrajan. Tratando un día sobre esta materia con el P. Mozzi, «Mirad,» le decía, «cuántas fiestas se celebran á los Santos, á María Santísima, á la sangre milagrosa de Jesucristo nuestro Señor, que se venera en varios sitios. Tiénense tambien en gran veneracion las reliquias y las cosas más triviales tocadas por los Santos; y luégo no se demuestra devocion alguna á los vasos sagrados, que tocan el verdadero cuerpo y la sangre de Jesucristo. Antes bien ¿no son muchos los que con esta misma frialdad celebran el santo sacrificio? ¿Y hay por ventura reliquia más sagrada y más digna de honor, ó de la que podamos prometernos milagros con mayor confianza, que el cuerpo y la sangre de Jesucristo, que manejamos diariamente? Debe tributarse honor á los santos; pero más que á todos á nuestro señor Jesucristo.»

Así se expresaba, y con las obras no desdecía de sus palabras: porque era todo fervor y devocion cuando ofrecía el sacrificio incruento¹. Mientras que las enfermedades no le impedían tenerse en pie, celebró siempre; y cuando iba de viaje, su primera diligencia, al llegar á la posada, era ir en busca de alguna iglesia donde pudiera decir la santa misa al día siguiente. A imitacion de su Padre San Ignacio tomó la costumbre de leer siempre la noche ántes la misa toda entera del siguiente día, y no tanto para que estuviese pronta y registrada de antemano, cuanto por gusto de leer despacio la epístola y evangelio, y sacar de allí luces y afectos que le sirviesen en la meditacion de la mañana, y así prepararse mejor al sacrificio.

Atentísimo á la observancia de las más menudas rúbricas, las repasaba con detencion á menudo, leyéndolas en un librito á pro-

¹ *Process. Parm.*, fol. 318.

pósito que siempre tenía consigo; y el tiempo que empleaba, incluso la preparacion y accion de gracias, era siempre de unas dos horas, pues en sus últimos años acostumbró oír una misa antes y otra después de la propia. Más de tres cuartos de hora estaba en el altar, cuando celebraba privadamente; pero en público se acomodaba al pueblo, y aconsejaba á los demás que hicieran lo mismo. Santiago Seratí depone haber oído muchísimas veces al P. Pignatelli pronunciar estas palabras: «Yo sé que no se puede celebrar larga la misa; pero no puedo decir la corta¹.»

No pueden con palabras expresarse las interiores dulzuras y los consuelos que se derramaban en su espíritu durante la celebracion; y en este tiempo solía ser tal la sobreabundancia de los afectos, que rebosaba por defuera y le hacía tomar aspecto de un serafin. Se le enardecía el rostro, y poco á poco iba enterneciéndose hasta el extremo de no poder contener un arroyo de lágrimas. «Era maravilloso,» dice José Marenzoni², «el recogimiento y la devocion que manifestaba en la celebracion de la misa.» Pablo Navaroli añade³: «Decíase comunmente, refiriéndose al Padre: «Vamos á oír la misa del Santo:» y continúa: «Tal parecía realmente en el altar.»

El cardenal Ángel Mai dice en su deposicion: «En cuanto al fervor del Siervo de Dios en el orar, diré que su misa era bastante larga; y yo, que se la he ayudado algunos años, recuerdo haberle visto absorto en ella, sumido en profunda contemplacion, y penetrado de profunda reverencia⁴.» Y el H. José Grassi dice tambien: «Habiendo ayudado yo la misa del Siervo de Dios por espacio de algunos años, he notado que ofrecía el tremendo sacrificio con tal ardor de devocion, que me parecía un serafin de amor; y le veía encendido el rostro, si bien era muy enjuto de complexion y pálido su color natural⁵.»

¹ *Process. Parm.*, fol. 165.

² *Ibid.*, fol. 318.

³ *Ibid.*, fol. 699.

⁴ *Summar.*, n. 6, pág. 118.

⁵ *Ibid.*, pág. 100.

En accion de gracias después de la misa acostumbraba, como dijimos, oír otra con igual devocion. Oigamos á Carlos Rossi¹: «En la iglesia,» dice, «de San Estévan de Colorno le vi salir de la sacristía después de quitarse los sagrados ornamentos, y entrar en la iglesia para oír una segunda misa delante del altar del Sagrado Corazon de Jesús en la fiesta del mismo Sagrado Corazon: allí estuvo arrodillado todo el tiempo, sin apoyo, en el desnudo suelo, y con las manos juntas.»

En desagravio de los ultrajes que la ingratitud de los hombres comete diariamente contra Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, procuró el P. José propagar en todas partes la devocion al Sacratísimo Corazon de Jesús, establecida con tal fin en la Iglesia. «Era devotísimo del Sagrado Corazon de Jesús,» dice el H. Santiago Annoni²: «promovía su culto é insinuaba en los otros una especial veneracion. El día de su fiesta hacía solemnizar en la iglesia este misterio de amor con el canto de primeras y segundas vísperas, con misa cantada y panegírico; y tenía colocada su imágen en varios puntos de la casa, especialmente en la iglesia, en la capilla y en su aposento.»

Á sus expensas se celebraba solemnemente cada año la fiesta, y hasta á muy remotos países llegaban las imágenes y libritos que repartía, recomendando á los misioneros, que difundiesen con un celo especial aquella devocion por sus pueblos. Solía decir que esta devocion era muy propia de la Compañía, y muy recomendable por los muchos provechos que trae consigo, segun lo que el Redentor mismo reveló á la Beata María Margarita de Alacoque. Así que sus palabras eran como de fuego, cuando inculcaba esta devocion á los novicios y á los que ya tenían que cuidar de las almas por sus ministerios, enseñando á todos que era un eficacísimo medio para despegar á los hombres de las cosas caducas y conducirlos al íntimo conocimiento y amor de Dios.

¹ *Process. Parm.*, fol. 151.

² *Process. Rom.*, fol. 374. Lo mismo confirman el P. Nicolás Grassi (*ibid.*, fol. 629) y el H. Domingo Cademarchi (fol. 335.)

Mas como la mayor ternura de sus afectos era para la contemplacion del exceso de caridad á que llegó el Hijo de Dios dando sangre y vida entre oprobios y tormentos por la salvacion del mundo, puede decirse que era singularmente devoto de la pasion del Redentor. Á fin de tener siempre fresca su memoria, á más de rezar todos los días la corona de las cinco llagas, acostumbró á llevar debajo de la sotana, y colgado al cuello, un pequeño crucifijo, que era toda su delicia en la crueldad de los dolores del cuerpo y aflicciones del espíritu. Los días de semana santa eran para él de continuo y afectuoso llanto. Desde el Jueves hasta la mañana del Sábado estabase casi siempre inmóvil de rodillas, acompañando, como decía, á su Jesús; y pasaba aquellas dos noches sin un momento de reposo, ocupado siempre en la meditacion de Jesucristo crucificado.

Con la devocion del Hijo heredó el P. Pignatelli la de la Virgen su Madre, de la cual fue amante sobre toda ponderacion. Conservó toda su vida una devocion muy tierna á la Virgen del Pilar. Concedor el duque de este afecto del P. José con la Santísima Virgen bajo el título del Pilar, que maman con la leche cuantos nacen en Aragon y mayormente en su capital Zaragoza, le regaló un magnífico cuadro del Pilar, y «el Padre,» dice el P. Juan Antonio Grassi¹, «hizo que se celebrara su fiesta todos los años:» y añade: «De los diversos cuadros que recogió en Bolognia llevó consigo á Colorno dos muy hermosos de la Virgen, y colocó uno de ellos en la capilla y conservó el otro en su cuarto. Hizo tambien celebrar el Mes de María segun el método del libro del P. Muzzarelli.» Se aparejaba con fervorosas novenas á todas sus principales fiestas durante el año, proponiéndose imitar en ellas alguna especial virtud de la Señora, y ofreciéndole, á más de particulares oraciones, un buen número de peniteneias.

Ayunaba todos los sábados; rezaba su santo rosario diariamente, y cuando salía de casa, lo repetía varias veces, en vez de conversar con el compañero; lo que solía hacer tambien siempre

¹ *Process. Rom.*, fol. 950.

que tenía que aguardar en alguna antecámara. No ponía mano en negocio alguno sin haberlo confiado ántes á la Virgen; ni pedía á Dios cosa sino mediante su intercesion. Hablaba á menudo de su santidad y hermosura con tanta uncion y tan ardiente afecto, que enamoraba á quien le oía; y todo su empeño era enfervorizar á otros en la devocion de su querida madre. No cesaba de darle pruebas de tierno y filial amor; y la Señora se lo pagó siempre con singulares favores, hasta dejársele ver más de una vez, segun era entre los Padres comun creencia.

Un día hizo notar al P. Nicolás Grassi, á la sazón novicio, cierta devota imágen de la Virgen del Pilar, colgada de una pared junto á su cuarto, y le dijo «que á una alma de Dios había dicho que aquella casa la había tomado bajo su amparo y patrocinio¹.» Llegándose otro de los de casa á la puerta del cuarto del Siervo de Dios, oyó que dentro hablaban dos personas; pero después de buen rato de espera, al fin llamó, y entró, y hallóse al Padre solo, que con el semblante encendido se dirigió á él, y le dijo: «¿Veis esta imágen de María? María es vuestra madre:» y no pudo decirle más, por no dejarle hablar la agitacion en que estaba.

Por respeto y amor á Jesús y María veneraba de un modo particular á aquellos santos, así del nuevo como del antiguo testamento, que habían tenido especial adherencia ó parentesco con ambos. Tales eran el patriarca Abraham y el profeta David, honrados con la promesa de que nacería de su linaje el Salvador del mundo; San Joaquin y Santa Ana, padres de la Virgen; San José, su esposo, y el santo precursor San Juan Bautista.

Honraba tambien con culto especial á los santos ángeles, y con grande fervor invocaba su valimiento contra los malignos espíritus que infestan al género humano. Siempre que emprendía algun viaje, á imitacion del Bto. Pedro Fabro, primer compañero de San Ignacio, encomendábase á los santos ángeles, que como tutelares presiden á las ciudades, provincias y reinos por

¹ *Process. Rom.*, fol. 557.

donde pasaba: y solía decir, que le dispensaron seguridad en los peligros, y luz y direccion para tratar los negocios. Merecíanle finalmente veneracion especial los santos fundadores de las religiones, por el gran bien que hicieron á la Iglesia con la institucion de tantas órdenes religiosas.

Lo mucho que como hijo tierno y devoto amaba á su Padre San Ignacio, puede colegirse del incansable empeño y aplicacion que puso en copiar en sí mismo sus heroicas virtudes. Cada hecho de la vida del santo Padre era para él norma y regla para su conducta; y procuraba no separarse un ápice siquiera de ella: de donde resultaba tambien aquella altísima estimacion en que tenía todo lo que de algun modo le podía pertenecer, y señaladamente las constituciones, en las que dejó impreso el espíritu que quiso infundir en la Compañía. Correspondió á este aprecio y estimacion la diligencia y fortaleza que empleó siempre el Padre Pignatelli en conservar entero en todas sus partes el santo instituto, y en inculcar su estima y veneracion en el espíritu de los novicios, que tuvo que formar y preparar para la renaciente Compañía.

Hemos referido cómo tuvo que oponerse en Nápoles á los ministros, que intentaban turbar la union de los miembros con la cabeza: pues á poco supo que el emperador de Alemania trataba de llamar á la Compañía á sus estados, pero alterándola en varias cosas sustanciales; y sin demora escribió una carta á Monseñor Menochio, Sacrista de Su Santidad, suplicándole que aconsejara al Sumo Pontífice Pío VII, que no prestase oídos á aquellas demandas, puesto que pretender restaurar la Compañía con tales cambios, no era ponerla de nuevo en pie, sino echarla á tierra y hacer otra muy diferente de la que hizo y formó San Ignacio. La respuesta fue que el Padre Santo era del mismo modo de pensar.

De aquí se originaba tambien aquel entrañable amor que profesaba á la Compañía y lo incansablemente que trabajó para defenderla, sostenerla, y propagarla á pesar de infinitos obstáculos, contradicciones y dificultades que le estorbaban el paso.

Sentía extraña y fuerte conmocion, cuando recordaba las fatigas, sudores y padecimientos, y las muertes toleradas con invicta fortaleza por los antiguos Padres para aventajar en el mundo la gloria divina y salvar almas; y al oír leer ó al referir él mismo los gloriosos hechos que se recuerdan en los anales de la orden, decía á sus novicios: «Somos hijos de santos: *Filii sanctorum sumus*: tened los ojos fijos en estos dechados, y *Aemulamini charismata meliora.*»

Profesaba devocion particular á San Juan Evangelista; y todos los años, como afirma D. Luis María Rezzi¹, hacía celebrar en Colorno su fiesta: y además usaba con la comunidad una sencilla demostracion especial en celebracion del día de su nacimiento, como dice el H. José Grassi². Todas estas devociones salían afuera, y por esto eran conocidas de los demás; pero de las privadas, que practicó en el retiro de su aposento, pocas noticias se hallan.

Una, sin embargo, y muy interesante, se lee en los procesos, la cual prueba que aun entre los niños, que frecuentaban las escuelas, pasaba su Rector por hombre santo. Refiere Luis Brabantí, que siendo niño, asistía á aquellas aulas, un caso que escribiré con sus mismas palabras. Dice así³: «Frecuentando yo las clases del colegio, alguna vez aproveché la ocasion, que se me ofrecía, de mirar por el ahujero de la llave del aposento del Padre, y enterarme de lo que entonces estaba haciendo: y le vi diversas veces puesto de rodillas y profundamente inclinado hacia un grande crucifijo que tenía delante.»

Y que esto no procedía de travesura natural del muchacho, sino del concepto de santidad en que el Padre era tenido, se puede entender de la bondad y sensatez de nuestro Luis, que se revela en otro de sus asertos⁴. «Yo,» dice, «cuando era niño, me

¹ *Process. Rom.*, fol. 1183.

² *Ibid.*, fol. 129.

³ *Process. Parm.*, fol. 687.

⁴ *Ibid.*, fol. 684.

confesaba con él: y él fue el que me preparó para la primera comunión. Recuerdo que solía darme por penitencia que en la comida me abstudiese de algun plato que más me gustara, ó que diera el almuerzo al primer pobrecito que topase: á veces me aconsejaba que hiciese la señal de la cruz al pasar por delante de alguna imágen: otras veces, que al andar por las calles llevara los ojos bajos; y otros actos de mortificacion semejantes á estos.» En donde se ve por una parte la pureza de vida del niño, á quien tan leves penitencias se imponían; y por otra, la destreza del confesor en acostumbrarle á la mortificacion desde sus primeros años, y esto con tanta suavidad. Otro testigo, Fernando Pesci, sin bajar á tantos pormenores, asegura que se había confesado con él, y que salía del confesonario muy contento¹.

¹ *Process. Parm.*, fol. 491.

CAPÍTULO IX

Suplica al P. General no le imponga la carga del provincialato. — Respuesta del P. Grüber. — Acto de humildad. — Proyecto de un seminario ruso en Roma. — Popularidad del P. Angiolini. — Es llamado por los reyes de las Dos Sicilias á Nápoles para reponer en aquel reino la Compañía. — Enfermedad del P. Nicolás Pignatelli. — Pasa á Venecia el P. José para asistirle. — Reconciliacion de Nicolás. — Agrégale José á la Compañía. — Muerte ejemplar de Nicolás. — El Siervo de Dios ante el cadáver de su hermano. — Exequias. — Circular del P. Angiolini. — Llama á Nápoles al P. Pignatelli. — Salida de Colorno. — Viaje á Roma. — Detencion en esta ciudad. — Audiencias del Papa. — Agasajos del General de Santo Domingo. — Cordialidad con sus hermanos. — Salida para Nápoles.

1803 — 1804

Aunque el poderoso valimiento de tantos intercesores para con Dios hacía esperar al P. Pignatelli que no le faltaría el auxilio del cielo para desempeñar el cargo de Provincial; con todo su humildad se mostró más aguda en inventar razones para no admitirlo, que lo suele ser la ambicion para ingeniar medios de alcanzar sus pretensiones. Veía que á la pequeña Provincia de Parma faltaba, humanamente hablando, todo el apoyo que para subsistir le era menester. No había olvidado que la corte de España siempre tuvo fijos los ojos en su persona.

Mientras estuvo escondido en el rincón de Colorno, el gobierno español le perdió de vista, ó al menos ninguna muestra dio